

YARET BELÉN RAMÍREZ BECERRA

Usar pretextos y un cuerpo que se desborda en líneas

Nunca me ha gustado dibujar. Me costó años declararlo, aunque ya lo había pensado, quizá porque no tengo la habilidad de formular mi pensamiento en figuras. Quizá porque no practico lo suficiente (mis amigas me lo dicen frecuentemente), sé que por falta de tiempo no es, es más por falta de interés. Aun así, disfruto de ver las creaciones que hacen mis amigas dibujantes, me gusta analizar el trazo generador de reflexiones sobre el paisaje cotidiano y narraciones sobre lo que atraviesa nuestro imaginario colectivo. Incluso me han orillado a experimentar un poco más con el dibujo, pero creo que lo que realmente me gusta del dibujo es la reunión para hacerlo, que lo que pueda concluir de mis trazos.

Una de mis amigas tiene una serie de dibujos donde los protagonistas son empaques de comida chatarra. En ellos aparecen los sellos de la Secretaría de Salud: *Exceso de azúcares, exceso de calorías, exceso de sodio*. Cuando le pregunté por qué precisamente esos empaques, me dijo: *Me interesaban estas envolturas como **restos materiales de este presente**. Buscaba los sellos.*



Imagen 1. Excesos. Alma Soberanis. Lápices de colores sobre papel. 2024.

Fuentes Humanísticas > Año 38 > Número 72 > I Semestre > enero-junio 2026 > pp. 15-22 > ISSN 0188-8900 > eISSN 2007 5618.

Fecha de recepción 3/12/2025 > Fecha de aceptación 12/02/2026

yaretlumiere@gmail.com > Orcid: <https://orcid.org/0009-0001-9637-8424>

* Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Fuentes Humanísticas está bajo la licencia creative commons Atribución-No comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Ella dibuja contextos. Y estos empaques son un ejemplo perfecto de un antes y un después: funcionan como un recordatorio permanente de cuando íbamos a la primaria y devorábamos ese tipo de productos sin preguntarnos por ingredientes ni porcentajes. En el momento en que los sellos empezaron a aparecer, los mexicanos comenzamos —a regañadientes— a leer lo que había al reverso.

Otros de sus dibujos son basados en *stickers* de WhatsApp o memes que deambulan en redes sociales, estos casi siempre con un tinte de ternura e ironía.

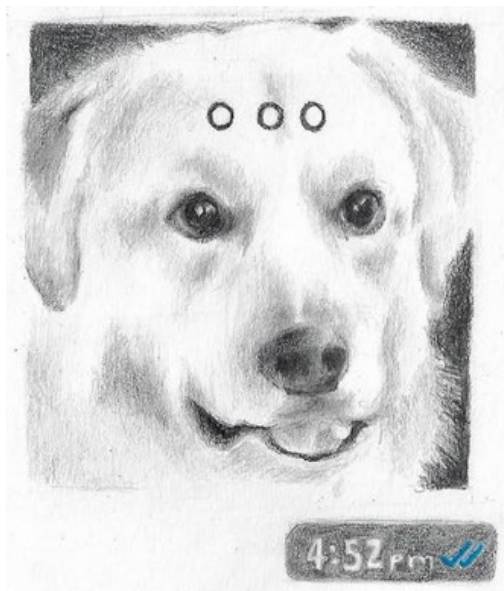


Imagen 2. Alma Soberanis. Ejercicio de dibujo en bitácora. 2024.

Lo que veo en sus dibujos es la reiteración de nuestra adaptación constante al lenguaje visual cotidiano, por medio de objetos de moda o integrantes de la cultura pop como los son los memes y actualmente los *stickers* de WhatsApp.

Porque los *stickers* funcionan así: como atajos afectivos del lenguaje que interrumpen o que a veces resumen una idea escrita. Una carita llorando puede reemplazar una disculpa, pero también la he usado para representar cansancio, hartazgo o tristeza; los *stickers* de gatos con mirada tierna los he traducido a un coqueteo o posibles insinuaciones románticas; he mandado memes en medio

de una discusión en un grupo de WhatsApp, con la intención de que sirva para suavizar la incomodidad. Los *stickers* sintetizan la frase. En cierto modo, nos enseñan a comunicarnos en fragmentos.

Como ella me dijo: *son restos materiales de este presente*, es una frase que describe lo que siento al mirar dibujos, me atrapan en un tiempo y de pronto mi ansiedad se disipa. Supongo que a eso se refieren las dibujantes cuando hacen bitácoras y me animan a practicar, al final los registros de sus pensamientos y de ese *presente* queda plasmado para la posteridad, como prueba de que, —como pasa con el dibujo del sticker de WhatsApp—, en el futuro nos hará evocar ese pasado donde nos comunicamos con imágenes más que con palabras.

...y así, todo el desbordamiento de reflexiones que ocurre observando dibujos me parece terrorífico, pero también fascinante, en esto es muy similar al acto de escribir... la cantidad de reflexiones que se despliegan son inciertas.

Claro que tengo dibujos de cuando era niña, la mayoría se los hacía a mi papá. En ellos escribí la fecha del 7 de junio del 2001, yo tenía 7 años. Mis recuerdos vagos me avientan hacia un contexto en el que mi papá dibujaba y en algunas tardes mi hermano mayor y yo lo acompañamos en la actividad. Pero si le quito la pátina nostálgica al enunciado anterior, ese escenario no es del todo tierno, tampoco del todo feliz, esos momentos eran más patadas de ahogado que un idilio familiar. Porque he escuchado versiones sobre la práctica del dibujo, y casi todas desembocan en la paciencia del proceso para poder llegar al trazo, o la tolerancia al error para experimentar con los colores, la línea, el grosor o la intención del dibujo, y la más linda: la interacción del juego con el dibujo, de volverlo una actividad que pareciera entrar en trance explorando posibilidades pictóricas. Suena hermoso, suena mágico.

Pero, paciencia es una habilidad que me fue desconocida en mi infancia, tolerancia fue un sustantivo que comprendí como una cosa que me ganaba solo si mis tareas escolares se acercaban a la perfección y el juego... bueno, el juego era lo único que tenía garantizado por ser niña. Mas bien yo conocí el sentir punzadas en el estómago y ganas de vomitar cuando me ponía nerviosa, actualmente sé que es ansiedad, entonces dibujar no era crear una imagen: era tensar mi cuerpo entero para decir algo que mi voz ahogaba. Era mi torpe forma de decirle que lo quería...a mi papá.

En ese diálogo secreto entre el recuerdo y la acción de dibujar entiendo que, de niña, no lo hacía para expresarme: dibujaba para sobrevivir. Para no desaparecer en silencio.



Imagen 3. Yaret Belén Ramírez Becerra. Sin título.



Imagen 4. Yaret Belén Ramírez Becerra. Sin título.

Siempre digo que yo mejor escribo. De alguna forma, es el método en el que me encuentro: a veces incómoda, a veces cómoda, representa encuentros fortuitos conmigo misma, regresiones a diversos escenarios y, sobre todo, cuando las ideas llegan como oleadas verbales encuentro en la experiencia de escribir una oportunidad para vaciarme.

Uno de los primeros recuerdos que me salta a la mente —escribiendo desde la incomodidad y la incertidumbre— ocurrió justamente en una clase de dibujo. En lugar de estar dibujando, estaba

escribiendo una carta para alguien que ya no me quería, pero no teníamos la humildad para confrontarlo. Y yo, como buena adolescente, llevaba la intensidad marcada por mis lecturas de ese entonces: una joven leyendo *La insoportable levedad del ser*, de Milan Kundera, convencida de que el desbordamiento emocional era razón suficiente para amar y ser amada de vuelta.

Recuerdo que estaba sentada en uno de los bancos más incómodos de la facultad. Casi nadie los usaba; mis compañeros y yo nos quejamos continuamente de lo terribles que eran y preferíamos dibujar de pie, recargados en el restirador. Durante esa clase de dibujo, yo solo escribía cartas y lloraba mientras lo hacía. No recuerdo el contenido exacto de aquellas hojas —y, honestamente, el «objetivo» funcionó un par de veces— porque esa relación tormentosa se prolongó más de lo que debía. Como diría Juan Villoro en *Conferencia sobre la lluvia*: «Es una confesión íntima, yo lo sé, pero ya llevamos rato compartiendo este espacio».

Lo que sí recuerdo es mi incomodidad: el dolor en la espalda por la mala postura, la clase misma donde no había instrucciones más que un *pónganse a dibujar*, y yo, necia, negándome a intentarlo. La clase de dibujo era el momento perfecto para escribir cartas, porque había silencio, todos los demás dibujaban en sus bitácoras, se escuchaba de fondo el baile del lápiz que iba de un lado para otro en la hoja de papel, también se hacía una composición junto con el sonido del sombreado, y si había modelo, varias veces vi que, si la pose lo permitía, se quedaban dormidos de lo relajados que estaban. Entonces era el ambiente, el sonido y el silencio, porque, en definitiva, el espacio para dibujar actualmente me gusta, ya me reconcilé con él.

Puedo llegar a esos escenarios en mi actual departamento, se construye del sonido de la calle, silencios, olor a café, un perro y una gata durmiendo, el lugar perfecto... pero no para dibujar, sí para escribir cartas, anotaciones, uno que otro garabato. Yo voy a paso seguro, ya mencioné que me reconcilé con el espacio para dibujar, y recientemente compré un libro para colorear, con la intención de empezar con el relleno y no por la línea, me gusta la idea de que exista un límite formal en los dibujos a intervenir, así, solo me preocupo por elegir el color adecuado. Todavía falta comprar colores, les mantendré al tanto.

Dentro de mis confesiones en este texto debo admitir una envidia brutal por las bitácoras del proceso creativo de otros colegas, he visto cuadernos que parecen obras en sí mismos: ordenados, bellos, limpios; en ellas hay texto, dibujo, mapas mentales geniales, incluso vi una donde había collages en páginas enteras. Como si el proceso estuviera más pensado que la pieza final.

Las mías, en cambio, siempre estuvieron hechas para el tránsito: libretitas a medio doblar en la mochila, páginas garabateadas en el camión, ideas atrapadas a mitad de una caminata, frases escritas con letra apurada en plena clase donde se suponía que debía dibujar. Mis bitácoras nunca han sido objetos que quisiera exhibir.

Voy con una brújula interna me guía siempre hacia las palabras. Más que construir una figura estética, mi pensamiento apenas sobrevive en ellas. Quizá porque, desde niña, mi manera de entender el mundo fue nombrarlo, no trazarlo.



Imagen 5. Yaret Belén Ramírez Becerra.
Sin título.

Y sí, tengo un teléfono con una aplicación de notas donde podría organizar mis ideas, pero nunca vuelvo a revisar nada de lo que escribo ahí. Es un cementerio de frases que quisieron ser algo. En cambio, la unión mano-pluma-libretita sigue siendo un pacto emocional imposible de reemplazar. Quizá me aferro porque escribir a mano tiene otra temporalidad: una que no me exige eficiencia ni claridad más que existir, aunque sea ahí adentro con mi ansiedad, y entonces garabateo cosas que a veces ni yo misma entiendo cuando las vuelvo a leer. No tiene sentido ya sé, pero mis dibujos tampoco lo tenían y aun así recuerdo un poco la sensación de ese entonces.

Ahora que lo pienso hay dos dibujos que hice de adulta, son de mi perro y mi gata, aprovechando que ya me había reconciliado con el espacio para dibujar.

Fue un par de días muy en específico, Prana tenía quizá unos 3 meses, recién adoptada, ella se sentó en mi escritorio y le tomé una foto, otro día fue de Takito sonriendo después de una mañana de paseo. Cuando la construcción del ambiente me hizo sentir segura, la técnica de la mimesis fluyó en lo que observaba, mi mano y la hoja de papel, su respiración, mi silencio, el olor a café, la luz que se filtraba por la ventana y mis niveles de cortisol estables me dijeron que lo intentara. Por supuesto que un tiempo los tuve pegados en el refrigerador como un buen primer logro.

No sé si algún día aprenderé a escribir sin desbordarme. Tal vez ahí está la gracia: en aceptar que mi método es esta torpeza, esta duda insistente. Lo único seguro es que cada vez que pierdo el hilo del discurso, algo en mí entiende que escribir sigue siendo la manera más honesta que tengo de sostenerme.

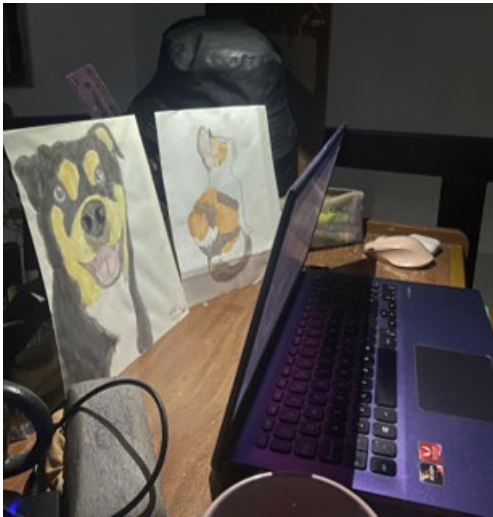


Imagen 6. Yaret Belén Ramírez Becerra.
Sin título.

Referencias:

- Kundera, M. (1984). *La insoportable levedad del ser*. Tusquets Editores.
Villoro, J. (2015). *Conferencia sobre la lluvia*. interZona Editora.

